

GIANOTO y Abraham eran dos comerciantes que vivían en París. Gianoto era cristiano y Abraham judío. Aunque marchaban perfectamente de acuerdo para expollar a la gente con su tráfico, en entrando a discutir de religión, se mostraban adversos. Abraham estaba muy afeitado a la ley judaica y Gianoto se convertía en conversito al cristianismo.

—He nacido hebreo — decía Abraham — y permaneceré en mi ley hasta la muerte.

—¡Qué lástima! — comentaba Gianoto — que un hombre tan bueno se condene para el otro mundo!

Hasta que un día, persuadido por las instancias de su amigo, respondió Abraham:

—Pues bien, querido Gianoto, abraza tu religión; pero antes ve a Roma a ver al que tú llamas vicario general de Dios en la Tierra y a sus ministros. Quiero conocer sus costumbres y su ejemplo.

¡Adios mi empuñal, pensó Gianoto. Tenía razón para pen-

sar! ¿Quién no conocía la vida disipada de los cardenales y del papa? ¿Quién ignoraba la corrupción de Roma bajo la Iglesia? Abraham veía aquel antro del vicio, se horrorizaba y se resistía más que nunca a la conversión.

—¡Por qué, amigo mío — dijo al hebreo — ese trabajo? Será un gasto inútil; además, los caminos del mundo son siempre peligrosos para un hombre.

—En París? Ellos te ilustrarán convenientemente sobre la religión cristiana. ¡No vayas a Roma, Abraham!

Pero el judío insistió en que el viaje era su condición previa para tomar tan grave determinación.

—Veré a los sacerdotes de Cristo — decía —. Si su vida, como ministros de una religión tan sabia, es más pura que la nuestra, no titubearé en abrazar

la fe de mis padres. En caso contrario, seguiré siendo siempre judío.

Gianoto tuvo que callar y consentir. Cuando vio partir a su amigo se sintió sin consuelo; experimentaba por anticipado la pena del fracaso de sus esfuerzos y la vergüenza de: la suya, decepción de Abraham.

El viajero, en tanto, llegó a la capital del orbe cristiano y se dedicó con diligencia a su

propósito. No tardó en comprobar que Roma era una pocilga, y toda la clerecía, del papa abajo, y la devoción, una ignominia insospechable. Se traficaba con todo, con Dios y con el mundo, con gentiles y con cristianos, con puestos y con sentimientos; la pereza era contemplación, la lujuria era amor,

la gula era reparación de fuerzas, el robo era restitución, la mentira era piedad, y por ahí adelante.

—¡Cómo para hacerse cristiano! — ¡Si aquella parecía exactamente la religión del vicio! Gianoto podía envainar para siempre sus recomendaciones. En realidad, si era hombre de bien, debía abandonar el mismo aquella nefanda religión, injuria de Dios en la Tierra.

blar de religión otra vez en la vida.

Pero la impresión del espectáculo romano había sido demasiado intensa para poder olvidarla de primera intención. A pesar suyo, Abraham, de regreso, siguió viendo en su insuación la corrupción de Roma e indignándose al contemplarla mentalmente. Todavía era mayor su despecho que ante la propia realidad: meditándola,

—Te lo previne — observó apresuradamente Gianoto. No era verdad: el celoso cristiano no había prevenido del mal ejemplo de Roma a su amigo. Pero su temor, comenzado a justificar, le hacía fingir inconscientemente una precaución que no había existido. Por otra parte, el acaloramiento de que por sus primeras palabras parecía poseído Abraham, provocó en Gianoto la sensación

—Que Dios castigue. — Los cardenales, unos bandidos. — Así sufran el fuego eterno. — Y el papa el capitan de todos. — ¡El Señor sea con nosotros! — Abraham se expresaba apasionadamente: Gianoto recibía con resignación un chubasco. — ¡Pobre rabí de Galilea, cómo te maltratan tus adorados. — ¡Te burlas de mí! — sintió a preguntar Gianoto. — ¡Vamos, vamos a una iglesia, quiero bautizarme. — El cristiano parecía un idiota ante un simpleton: los dos juntos, un par de zaqueos que saliendo de sus mañan comerciales se dejaban colgar el calzón en las narices. — ¡Quiero ser cristiano — concluyó el judío —. Tiene que ser muy grande esa religión para que persista y sin caída por el mundo a pesar de todos los esfuerzos que hacen para destruirlo. — ¡Pues eso mismo — agregó súbitamente Abraham — he decidido hacerme cristiano hoy mismo.

Gianoto adoptó un gesto y un ademán más humanos que los que tenía, pero más asombrado también. ¿Se chanceaba el amigo? ¿Todo aquel horror de que parecía poseído, no era más que chunga disfrazada? — ¡Deja ese asunto y acompáñame a un templo — prosiguió impertinente Abraham. — Ni el mismo podría haber dicho en qué instante había tomado aquella sorprendente resolución ni por qué le urgía. — ¡Te burlas de mí! — sintió a preguntar Gianoto. — ¡Vamos, vamos a una iglesia, quiero bautizarme. — El cristiano parecía un idiota ante un simpleton: los dos juntos, un par de zaqueos que saliendo de sus mañan comerciales se dejaban colgar el calzón en las narices. — ¡Quiero ser cristiano — concluyó el judío —. Tiene que ser muy grande esa religión para que persista y sin caída por el mundo a pesar de todos los esfuerzos que hacen para destruirlo. — ¡Pues eso mismo — agregó súbitamente Abraham — he decidido hacerme cristiano hoy mismo.

NO VAYAS A ROMA, ABRAHAM

INSPIRACION DE UN CUENTO DE BOCCACCIO.

Abraham saltó de Roma horrorizado, como lo había sentido el amigo. Lo mejor era volver a pensar en tan dolorosa experiencia. Gianoto y el podían seguir comerciando, podían continuar somnolientos hondamente al prójimo y al distante y podían prodigarle mutuo afecto sin necesidad de ha-

podía apreciarla con mayor rigor. — Lo esperaba en París, condecorador de su retorno y aturdo con nefastos presentimientos, su buen amigo. — ¡Roma es un horror! — exclamó el judío al llegar antes de toda expresión de saludo,

de un pesar compartido mutuamente que le obligaba a una sinceridad madrugadora. — Los devotos romanos son unos farantes — añadió el viajero. — Lo son — corroboró el otro. — Los curas, unos viejosos — añadió Abraham.

res! — profirió de pronto el judío. El cristiano, que con aquella actitud se veía fácilmente excusado de su mal consejo, sintió deseos de abrazar a su amigo. — ¡Pobre Jesús de Nazaret! — corroboró, unidas plañamente las palmas de las manos, elevada al cielo la mirada de Aquella. — ¡Aun después de muertos se excarneran. — ¡Pues eso mismo — agregó súbitamente Abraham — he decidido hacerme cristiano hoy mismo.

Gianoto adoptó un gesto y un ademán más humanos que los que tenía, pero más asombrado también. ¿Se chanceaba el amigo? ¿Todo aquel horror de que parecía poseído, no era más que chunga disfrazada? — ¡Deja ese asunto y acompáñame a un templo — prosiguió impertinente Abraham. — Ni el mismo podría haber dicho en qué instante había tomado aquella sorprendente resolución ni por qué le urgía. — ¡Te burlas de mí! — sintió a preguntar Gianoto. — ¡Vamos, vamos a una iglesia, quiero bautizarme. — El cristiano parecía un idiota ante un simpleton: los dos juntos, un par de zaqueos que saliendo de sus mañan comerciales se dejaban colgar el calzón en las narices. — ¡Quiero ser cristiano — concluyó el judío —. Tiene que ser muy grande esa religión para que persista y sin caída por el mundo a pesar de todos los esfuerzos que hacen para destruirlo. — ¡Pues eso mismo — agregó súbitamente Abraham — he decidido hacerme cristiano hoy mismo.

UNA SECTA MUNDIAL DE CURANDEROS

LA Ciencia Cristiana es una secta mundial de curanderos pseudocientíficos, seudoreligiosos, nacida en Norte América, extendida a otros países, especialmente a Alemania, y cuyos principios básicos son los siguientes:

Dios es todo bondad y todo espíritu; el mundo es todo Dios; por consiguiente el mundo es todo espíritu y toda bondad. Si es todo espíritu, el mal no puede existir en él, y si es todo espíritu, no puede existir en él la materia. ¿Cómo creer, pues, en las enfermedades? Para que haya enfermedades tienen que existir la materia, que es enferma, y el mal, que enferma la materia. Lo que llamamos materia y enfermedad no es más que un error. De este

error nos salvamos con la fe. Nos basta creer, en efecto, que el dolor es error nuestro, para curarnos de él.

He ahí, en resumen, la doctrina de la Ciencia Cristiana. Por qué se llama cristiana, se comprenderá fácilmente si se recuerda el Evangelio. Jesucristo obraba milagros por la fe: andaba sobre las aguas sin hundirse, curaba con un simple gesto o una expresión, todo ello nada más que por llevar en sí mismo y por infundir en los demás una profunda fe. Precisamente lo que propugnan los adeptos de la Ciencia Cristiana.

Esta llamada Ciencia, como decimos, constituye una secta. Tiene su centro de acción—Boston—,

su iglesia, su Evangelio y su santa, la señora Eddy, muerta hace unos cuantos años y venerada por millones de devotos que obedecen ciegamente a los doctores de la extraña religión. Los doctores reciben su título en el Boston Metaphysical College: unos días de estudio y unos cuantos dólares bastan. Luego, curan a todo el mundo diciéndole que no crea en su enfermedad.

“Lo que se cuenta de sus éxitos curativos—dice un autor—es asombroso. Cuando se asiste los jueves a la iglesia de la Ciencia Cristiana y se ve levantarse en todos los bancos fieles que relatan los resultados conseguidos, hasta los más incrédulos se conmueven. Allí se oyó a un hombre

que se ha curado del reumatismo. Más allá una señora refiere que ha pasado el embarazo y el parto sin molestias ni dolores. Después habla un hombre curado de la tuberculosis, otro de colapsos nerviosos, otro del cáncer. Uno se ha librado del vicio de beber, y otro ha visto sanar, rápidamente y sin dolor, su dedo casi seccionado”.

Acaso ayude a comprender este misterio la biografía de la fundadora de la secta, Maria Baker (nombre de soltera de la señora Eddy), biografía escrita por otra mujer, Georgina Milne, y que resumimos en esta página. Es una biografía sorprendente, no se sabe bien si es una iluminada o la de una estafadora, aunque mujer de talento,

MARIA Baker nació en 1821, en Nueva Inglaterra, y era la sexta y última hija de una familia americana típica, cuyo jefe mostraba estos dos rasgos característicos: “una áspere rigidez y un sentido comercial ajeno a toda fantasía”. Justamente los dos rasgos que distinguían toda la vida también a Maria. Era una chula hermosa. Fue una mujer hermosa toda su larga vida. Su familia principal residía en sus “grandes ojos grises, profundos y sombrados por cejas oscuras que posaban en la más alta medida el don de la expresión”.

HOLGAZANA Y TIRANA

DESDE jovencita tuvo Maria conciencia de su belleza y se enorgullecía de ella. La familia la celebraba en su soberbia y la tenía como cosa aparte. Mientras todos trabajaban en la granja familiar, Maria se dedicaba a holgar. No pasaba: se entretenía en las horas ociosas.

Desde joven reveló también un fuerte padecimiento histérico. Además de no querer trabajar, fallaba a la escuela, tiranizaba a toda la familia y tendía a una vida casi libertina. El padre fue el último en someterse a su histerismo, pero se sometió también.

ESPOSA Y MADRE

CUNDIAN en aquella época, en Nueva Inglaterra, las sectas religiosas, medio científicas, como el mesmerismo, el espiritismo, el magnetismo animal, el trascendentalismo y otras. Maria, que las conocía, no pensó entonces, sin duda, pertenecer a ninguna de ellas ni mucho menos fundar una más. Pensaba, como todas las muchachas en casarse.

Se casó al fin, con un tal Glover, masón y amigo de un hermano suyo. El marido la llevó más al sur, a la Carolina meridional. Poco duró el matrimonio: a los seis meses falleció Glover. Maria, viuda y en la miseria, regresó a casa de sus padres, donde vivió su primer y único hijo, Jorge Glover.

SEGUNDO FRACASO MATRIMONIAL

DIEZ años permaneció viuda, viviendo a costa de su familia y, como siempre y cada vez peor, tiranizando a todo el mundo, como al todos tuvieron la obligación de servir.

El maliciar con quienes la rodeaban, aumentaba diariamente: su histeria crecía; empezaron sus alucinaciones de “vidente”. Como no podía soportarla más en casa, se depositó en segundas nupcias, esta vez con el odontólogo ambulante Patterson. Tampoco con su segundo marido pudo hacer vida normal. Patterson concluyó por abandonarla. Ella solicitó el divorcio (en 1866, teniendo, por consiguiente, cuarenta y cinco años de edad), y lo obtuvo en 1873. De su hijo no se ocupó para nada.

APARECE QUIMBY

YA antes de separarse de Patterson se había agravado notablemente su enfermedad. Más de seis años permaneció en el lecho, como una inválida. Supo entonces que vivía en Portland un tal Quimby que curaba infundiendo en los pacientes la fe de que tenían que curar.

Quimby había sido mesmerista; pero descubrió que sólo la fe del enfermo en su propia cura podía curarle, y tomó un nuevo procedimiento: el de infundir la fe en la curación, negando redondamente que las enfermedades existieran. Con este procedimiento, pronto difundido, fundó una secta, y como era, ni más ni menos, el que en sus curas había adoptado Cristo, aplicó a la secta el nombre de Ciencia Cristiana, redactando su doctrina en unos voluminosos manuscritos que, a falta de editor, hacía copiar a sus discípulos.

A este hombre fue a ver Maria Baker, señora de Patterson todavía, y viuda de Glover.

SE HACE QUIMBYSTA

TAN pronto se encontraba la futura “santa”, que para llegar a presencia de Quimby tuvieron que trepar por la escalera, pues no podía moverse ni tenerse en pie.

No, la curó el mago, pero Maria quedó tan prendida de la “habilidad” de aquel hombre, que se convirtió en su más fervorosa discípula, le defendió cuando le atacaron y, al morir él, en 1886, se hizo la firme promesa de dedicar el resto de sus días a

La Asombrosa Señora Eddy, Fundadora de la Ciencia Cristiana

propagar y practicar las doctrinas del maestro, quedando, de paso, en posesión de sus manuscritos, que ella se propiona editar. Si no había curado de su enfermedad, tampoco había salido de su dolor. Vivia del socorro de amigos, que al fin se cansaron de auxiliarla, sin que ella abandonase su soberbia de señora, y enferma y todo, con vestiduras ruidas, tuvo que largarse a recorrer los pueblos predicando el “quimbyismo” y ganando con ello para vivir.

ABRE CONSULTORIO

ESTAMOS en 1870. En sus prédicas vagabundas, Maria había logrado atraer a un joven de veintidós años, Kennedy, que se hizo gran adepto del quimbyismo. Asociado con él (que se dio a sí mismo el título de doctor) abrió en Lynn un consultorio. Allí, mientras él curaba por sugestión, ella daba lecciones del método. La clientela aumentaba y ganaban dinero. Maria sacaba doctores en doce lecciones, por las que cobraba cien dólares. Luego, “por mandato de Dios”, redujo las lecciones a tres y aumentó a trescientos dólares los honorarios.

Muchos discípulos la querellaron ante la justicia, al final del curso, por no haber recibido las maravillosas dotes que ella les había prometido, entre ellas la de resucitar muertos. Pero muchos más creyeron o fingieron creer salir capacitados y siguieron la fama.

Lo que no anduvo tan bien fue la relación de Maria y el joven doctor Kennedy. Él era un muchacho, que gustaba bastante de entretenerse con los niños de una escuela vecina; y Maria, por el contrario, iba mostrándose cada día más histérica, cada día más “vidente” y cada día más ambiciosa. Retraía a su compañero porque no se sentía bastante a la ciencia, y un día le dijo: “Ricardo, tú vivirás bastante tiempo para oír sonar las campanas de la iglesia el día de mi cumpleaños”.

CON RANCHO APARTE

MARIA había tenido ya la idea de fundar una nueva secta, desligándose del quimbyismo. En 1872 hizo definitivamente con Kennedy, quien la abandonó tan ofendido, que hasta la acusó de impostora.

La histérica, que en el reparto de bienes tocó a seis mil dólares.



AFIANZA SU DOCTRINA

KENNEDY proseguía por otro lado su curanderismo y su contra a Maria. Ella no se dejó vencer. Cuando habían actuado en común, habían adoptado la costumbre de frotar la cabeza de todo enfermo antes de disponerse a “curarlos”. Kennedy seguía el procedimiento. Maria resolvió no hacer más que apoyar sus dedos en la frente del paciente, y escribió en los manuscritos que había heredado de Quimby:

“Es preferible acercarse a un médico inficionado de la viruela que someterse al tratamiento de un hombre que manipula la cabeza de sus pacientes y ha hecho traición a la verdadera ciencia”.

Kennedy quedaba atemorizado. El manuscrito se imprimió y se editó. Fue la primera edición del libro de Maria (para aparecer sólo con el nombre de ella) denominado “Science and Health” (Ciencia y salud) y tan difundido inmediatamente.

“Es preferible acercarse a un médico inficionado de la viruela que someterse al tratamiento de un hombre que manipula la cabeza de sus pacientes y ha hecho traición a la verdadera ciencia”.

LA SEÑORA EDDY

UNA multitud fanática seguía las enseñanzas de Maria. Era ya el jefe indiscutido de una secta que se extendía rápidamente. Su libro “Ciencia y salud” circulaba con profusión. El dinero y la fama acudían.

Maria, que no podía vivir en paz con nadie, tampoco podía vivir sola. Ya no era su compañero Spofford. Una tarde de 1877 tomó de sorpresa a uno de sus más fieles discípulos, Asa Eddy, le dijo: “Quiero casarme contigo”, y se casaron.

Eddy era un hombre taciturno, vacilante, pero completamente confiado, exactamente lo que ella necesitaba, el hombre de su mujer, blanda cara entre sus manos. Los dos contrayentes declararon ante el juez una edad de cuarenta años, pero ella tenía entonces cincuenta y seis.

Maria fue desde entonces, para siempre, la señora Eddy.

ATAQUE Y DEFENSA

AS antiguas dolencias de la señora Eddy se reaggravaron. Ella añadió a su doctrina la creencia en los hechizos. Ahora resultaba que los malos deseos de una persona sobre otra podían originar en esta última serios trastornos. A ella la querían mal y por eso estaba enferma. Y ¡quién podía quererla mal! Kennedy, el mesmerista. Mesmerismo fue para ella, a partir de ahí, sinónimo de herejía. El mesmerista Kennedy la tenía embrujada. Trató de descreditarla más aún, diciendo que era cruel hasta el sadismo.

Pronto no bastó Kennedy para explicar la causa de su mal. La señora Eddy achacó igualmente mala voluntad para con ella, y por lo tanto, mesmerismo, a su otro ex compañero Spofford, luego a Ahrens, otro discípulo.

Para contrarrestar el mal efecto que estos enemigos ejercían sobre ella, sus discípulos fieles debían, al contrario, deseñar todos los bienes y adorarla. Así crecía su ascendente entre ellos.

LA SECTA PELIGRA

TAMPOCO el tercer marido le duró. A éste, como al primero, se lo llevó la muerte. La señora Eddy llegó al colmo de su furor. Sólo sus ene-

mulos, los mesmeristas, podían haberle arrebatado al esposo. La autopsia reveló que el hombre había fallecido de una afección cardíaca; pero no le faltó mérito a la señora Eddy que certificar que en el cadáver se habían hallado vestigios de envenenamiento. ¡Horror!

El mal humor de la señora Eddy se hizo imposible. Tuvo que irse de Lynn, donde ya no la soportaba la población. En 1881, un numeroso grupo de los discípulos más fieles se separó de la Ciencia Cristiana. “En un manifiesto colectivo que publicaron instantáneamente, sobre todo en que las frecuentes explosiones de furia de la señora Eddy, su hipocresía y su afán de dinero no eran las condiciones más adecuadas para dirigir una comunidad religiosa”.

EL TRIUNFO

LA gran histérica se fue a Boston. Tenía sesenta y dos años. Ya apenas le quedaban discípulos. El fin de su secta parecía próximo.

Pero no era ella la de la pasta de los vencidos. En Boston reanunció la lucha y alcanzó los mayores triunfos de su vida. Pronto fundó el Boston Metaphysical College, para producir discípulos en la Ciencia Cristiana, y el “Christian Science Journal”, para propagar y defender sus doctrinas.

Los discípulos acudieron. Los adeptos aumentaron considerablemente. El libro “Ciencia y Salud” se vendía a cuatro dólares el ejemplar, y a menudo aparecía una nueva edición corregida, con nuevas enseñanzas, lo que obligaba a todos los fieles a comprarlo de nuevo. Se vendieron más de 400.000 ejemplares, siempre a casi diez pesos cada uno, porque en las reuniones era la lectura obligada antes de la Biblia y todos los adeptos debían conocer su contenido.

Surgieron sucursales en distintos puntos del país y no tardaron en surgir en el extranjero. La iglesia cristiana alcanzó 40.000 adeptos y las sucursales nacionales 43.000. Dos millones gastaron los fieles en erigir en Boston un magnífico templo.

SIN RIVALES

NO dejó de hallar obstáculos internos y externos la secta en su fabulosa expansión. Fue el más sonado y el más pintoresco, a la vez que el más característico, el de la herejía de la señora Woodbury.

Ella se casó, llevando a sus últimas consecuencias la doctrina de la secta, sostuvo que no sólo era posible vencer, por medio de la fe, el dolor, la enfermedad, el hambre, el frío, sino que incluso la mujer podía concebir por sugestión. Un día, ella misma apareció con un hijo. Claro está, afirmó que lo había concebido espiritualmente. Los fieles ofendieron entonces al niño una veneración decidida, como “príncipe de la paz”.

Aquello amenazaba con destruir el señorío de la anciana maestra. Para impedirlo, la señora Eddy declaró tocada de “mesmerismo” a la Woodbury, y aunque ella se defendió bravamente, la victoria fue para ella. En lugar del hijo “concebido espiritualmente”, la fundadora ofreció como heredero suyo al joven Foster, pero este joven dejó de agradecerle y lo acusó de “mesmerismo” también.

DIOS Y LA SEÑORA EDDY

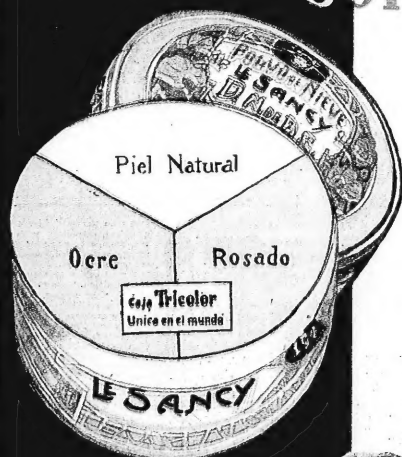
EVIDENTEMENTE, la señora Eddy era la dueña de la situación contra todo y contra todos. Sabía muy bien cómo serlo. Toda reunión que se verificaba en su iglesia debía invocar ante todo su nombre, toda cura que se practicaba debía ser precedida primeramente a ella y luego a Dios; su libro se leía antes que la Biblia; en las imágenes de su templo aparecía ella sobre todo; el Apocalipsis fue interpretado de tal forma que resultó que ya en él se veían las apariciones de la señora Eddy; un pastor protestante no tuvo inconveniente en redactar en forma más correcta el libro “Ciencia y Salud”, que así resultó más presentable que como estaba, en mal inglés y con las citas bíblicas erróneas. Dios y la señora Eddy formaban mayoría; se llegó a decir, y aunque en el libro capital se leían garfalerías entre científicos sobre las enfermedades más comunes, la “santa” no descendió del altar.

Sus fieles le construyeron en su templo una habitación de ónix y oro, fantásticamente lujosa. La señora Eddy sentía cada vez más fuertes sus ataques histéricos. Todos conlában en que, de acuerdo con su doctrina, vendría a la muerte, pues ella no deseaba morir. Sin embargo, murió; a edad avanzadísima, pero murió. La doctrina no sufrió descuido por eso. Hay que recordar que en esa ciudad se admitía el efecto del influjo de los energías sobre las personas. A la señora Eddy la mató la mala voluntad de sus enemigos, lo que sirvió para realizar su memoria y venerarla muerta más que había sido venerada en vida.

JOHN SMERY.

Dib. GEDA

Maneje el cisne... como si fuera un pincel



Caja Grande 1.90

Caja Media 0.70

Una sola caja de polvos, de un solo tono, en el tocador de una dama elegante, es algo del pasado.

Las señoras que se preocupan celosamente de su estética femenina, necesitan, para destacar sus encantos, tener al alcance de sus manos, tres tonos de polvos: ocre, piel natural y rosado.

Manejando el cisne como el pintor maneja su pincel, utilizando cada color en la proporción necesaria, pueden destacar o atenuar una arruga incipiente, una turgencia excesiva.

La caja Tricolor "LE SANCY" resuelve el problema en forma cómoda y económica.

Perfumeria
Dubarry

ADEMAS EN CAJAS

Piel natural
Rachel
Ocre
Morochó
Rosado
Tricolor
Chair (última moda)

L. S. 5.

Estación Rivadavia transmite los días
Lunes, Miércoles y Viernes
de 21.30 hasta 22.30 horas.

la "HORA SELECTA"
de DUBARRY